

# Por un proceso significativo del Patrimonio Cultural. Entre Cultura y Etica

 [istitutoeuroarabo.it/DM/por-un-proceso-significante-del-patrimonio-cultural-entre-cultura-y-etica/](http://istitutoeuroarabo.it/DM/por-un-proceso-significante-del-patrimonio-cultural-entre-cultura-y-etica/)

Comitato di Redazione

1 luglio 2020



di *Olimpia Niglio* [\*]

## Introducción

Muchos hombres nunca han habitado realmente el mundo, porque sólo han experimentado las descripciones de este mundo. Sin embargo, estas narraciones, incluso en su más veraz objetividad, son ajenas a los que están alojados en el planeta y a menudo promueven la incapacidad de cuestionar quiénes somos y dónde estamos. La consecuencia ha sido la descentralización del universo y por lo tanto de la realidad. Pocos se han preguntado sobre la existencia de un planeta entre muchos, dentro de un sistema aún por explorar; a menudo esos pocos han visto en el universo sólo una oportunidad material y una afirmación individual pero no un proyecto para la humanidad. Así, la Tierra se ha convertido en materia indiferente.



Korea, Yangyang, Osaek-ri, Buddhish Temple  
(ph. Niglio, 2019)

En este proceso de desertificación de saber ver, sentir, evaluar, a principios de 2020 irrumpió en la vida de todos un *huésped inquietante* que nos ha mostrado la indiferencia del hombre en la tierra, el extrañamiento con el que este hombre vive diariamente en un planeta que forma parte de un sistema cósmico que envía mensajes inauditos. Esto es lo que Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900) llamó el “nihilismo”<sup>[1]</sup> que guarda el sentido de la puesta del sol en la tierra. Pero, ¿qué es el nihilismo sino la pérdida de los valores supremos? ¿Y cuáles son estos valores supremos?

Nietzsche, un buen observador de este mundo, ya lo declaró en la década de 1880:

«[...] Vi una gran tristeza invadir a los hombres. Los mejores hombres se cansaron de su trabajo. Una doctrina apareció, una fe se unió a ellos: itodo está vacío, todo es lo mismo,

todo fue! Hemos hecho la cosecha: pero ¿por qué se corrompen todos nuestros frutos? ¿Qué pasó aquí abajo anoche por la luna maligna? Todo nuestro trabajo ha sido en vano, nuestro vino se ha convertido en veneno, el mal de ojo ha secado nuestros campos y nuestros corazones. Todos nos hemos vuelto áridos [...] Todos los manantiales se han agotado, incluso el mar ha retrocedido. ¡Toda la tierra se agrietará, pero el abismo no se tragará! Ah, dónde hay todavía un mar donde uno puede ahogarse: así resuena nuestro lamento sobre los pantanos planos» [2].

Esta absoluta falta de sentido de la realidad, y la consecuente negación de los principios y significados propios de la vida, se ha apoderado de la moral y la espiritualidad que durante siglos ha caracterizado la existencia del hombre en la tierra. El hombre de la modernidad ya no ha creído en los valores de su propia interioridad y se ha dejado guiar por la racionalidad de la tecnología que ha dado lugar a una pobreza de valores sin límites.

La técnica, de hecho, entró en pleno conflicto con los valores supremos en los que el hombre, hasta todo el siglo XIX, había fundado su existencia. Esta técnica nos ha acostumbrado a un mundo en el que el concepto de espacio ha sido anulado, el tiempo se ha acelerado, las normas morales que regulan la relación entre el hombre y el medio ambiente se han frustrado y sobre las que no tiene sentido reflexionar porque se consideran antiguas para quienes pretenden vivir lo contemporáneo.

Mientras tanto, esta técnica nos ha guiado hacia la abstracción de la realidad, acompañando a nuestra mente para crear ingeniosos e ingeniosos sistemas ajenos a esos valores supremos que hasta ayer han guiado nuestras vidas. Esta abstracción regula hoy en día todas las acciones de nuestra existencia y en las que participamos, desde un comportamiento marcado por una confianza entusiasta en la ciencia abstracta, hasta la aceptación del materialismo y el positivismo como instrumentos contra toda forma de cultura, tradición, especialmente moral y religiosa, con resultados marcados por la valorización del individualismo, el anarquismo y también las salidas políticas, con una tendencia a la emancipación social colectiva y por tanto al populismo. Todo esto, como bien dijo Nietzsche, es la clara expresión de la imparable decadencia de la cultura occidental greco-cristiana, y al mismo tiempo la denuncia de esta decadencia y la destrucción teórica y práctica de los valores tradicionales.

Pero la técnica no ayuda a reflexionar, no promueve el sentido de la existencia, no abre escenarios innovadores, no ayuda a revelar la verdad detrás de todo. Si se utiliza esta técnica porque debe garantizar principalmente los resultados y debe funcionar exactamente según reglas abstractas, se corre el riesgo de que todo esto pueda corroer la capacidad de pensamiento, la ética, la historia, las religiones, las identidades, las libertades, en resumen, todos esos valores supremos que alimentaron la vida en la Tierra en la era pre-tecnológica [3].

Una forma de homologación que también había preocupado mucho al filósofo y epistemólogo alemán Walter Benjamin (1892-1940) quien, al analizar la contribución de la técnica con referencia al arte, exaltó su capacidad de reproducción y difusión entre un público más amplio, a cambio, sin embargo, de cuestionar la relación entre el arte y el

hombre. De hecho, Benjamin creía que algunos valores y aspectos tradicionales del arte, como la creatividad, el genio, el valor interior del artista, estaban fuertemente cortados, reduciendo así el arte a un instrumento de totalitarismo y por lo tanto de “estetización de la política”[4].

De esto se deduce que en todos los tiempos de grandes cambios los valores supremos de la vida han sido fuertemente cuestionados y que ahora el nuevo e *inquietante* anfitrión nos ofrece una excelente oportunidad: reflexionar sobre los valores fundacionales del patrimonio cultural y regenerar su significado.

### **El huésped inquietante y la conciencia de ser**

Durante el siglo XX el cambio del paradigma mecanicista al paradigma ecológico se produjo de diferentes formas y a diferentes velocidades en diferentes sectores, incluyendo las humanidades. Este cambio nunca ha sido constante y ha afectado, a menudo de manera caótica, muchas acciones de la comunidad [5].



Hanyangdoseong, The Seoul City Wall, Korea  
(ph. Niglio, 2019)

La primera oposición fuerte al paradigma mecanicista se registró a finales del siglo XVIII con el movimiento artístico-literario romántico que vio sobre todo cómo las ideologías del poeta William Blake (1757-1827) ejercían una gran influencia en los poetas y filósofos alemanes que mostraron un gran interés por la naturaleza y sus formas orgánicas. La comprensión de las formas orgánicas también jugó un papel fundamental en la filosofía de Immanuel Kant, en cuyo idealismo consideraba la naturaleza como una entidad claramente dotada de propósitos específicos y entre éstos el más importante era la comprensión de la vida [6].

La visión romántica había llevado a la ciencia a un estudio destinado a considerar el planeta como un “todo integrado”, como una entidad viva con largas tradiciones. Una visión de la Tierra, venerada como una divinidad, que había durado hasta finales del siglo XVI cuando la concepción de Descartes (1596-1650) sustituyó esa visión suprema por una visión mecanicista. Sólo a finales del siglo XVIII el estudio de la vida en la Tierra volvió a ser un tema fundamental.

Sin embargo, el siglo XX marca una vez más un paso hacia ese mecanicismo que ha vuelto a oscurecer el papel de la biología, interviniendo indiscriminadamente en la percepción material de la realidad y, por tanto, en el significado que también se ha atribuido al concepto de patrimonio cultural. Mientras tanto, ya durante el siglo XIX, muchos científicos comenzaron de nuevo a estudiar las comunidades y sus organismos, dando vida a la nueva ciencia de la ecología.

Entretanto, sólo a finales del siglo XX las disciplinas que contribuyeron a arrojar toda la luz sobre las formas materiales e inmateriales del patrimonio cultural – como afirma

Grazia Marchianò (1941) [7] – fueron sin duda las vinculadas a la ecología humana, es decir, a esa formación continua propia del hombre que pretende sentirse parte de un todo y relacionado con la naturaleza y cuyo desarrollo científico se remonta a finales del siglo XIX tras los estudios preliminares elaborados por Ernst Haeckel (1834-1919), biólogo alemán[8]. El concepto encuentra resultados interesantes en los *antiguos futuros*, definidos con precisión por Helena Norberg-Hodge, lingüista y fundadora de “Local Futures”, una organización cultural internacional para la revitalización de la diversidad cultural.

Mientras tanto, el *huésped inquietante* que entró silenciosamente en nuestras vidas a principios de 2020 ha ayudado a poner en duda certezas sistémicas que han demostrado ser muy frágiles y ha permitido que se hagan preguntas correctas sobre lo que representa nuestro patrimonio cultural. Por lo tanto, hemos llegado a un punto de inflexión.

Si a lo largo del siglo XX se han elaborado interminables definiciones que ocupan innumerables volúmenes, ha llegado el momento de reflexionar sobre el hecho de que muchas cosas no han sido más que una creación mental artificial que ha tenido éxito a lo largo del siglo XX, influyendo en las formas de pensar y sentir de Oriente a Occidente, imponiendo una visión insular, miope y estrecha de miras de los patrimonios culturales que son apreciados de forma reductora por su valor material como “bienes de consumo”, y en muchos casos degradados o ignorados simplemente porque no responden a un parámetro económico. Basta con observar en qué se han convertido las fantasmales “ciudades de arte”.

Pues bien, este *huésped inquietante*, aunque muy reciente, ha sido considerado un fantasma, un tirano mortal que nos despertó de un sueño profundo que nos distrajo de una realidad a la que todo el mundo querría volver. Pero la historia no es más que dar pasos atrás; el tiempo avanza y no retrocede, y las generaciones del siglo XXI deben ahora abrir los horizontes de la mente al intrínseco tejido del patrimonio cultural material e inmaterial, un tejido idéntico al que anuda en la física la energía y la materia, los planos micro y macrofísicos de una realidad universal en expansión.

En comparación con otros seres del mundo viviente, los humanos tienen una *mente extendida* y gracias a ella la creatividad, en todos sus aspectos, ha tomado forma a lo largo de los milenios enriqueciendo la naturaleza, la Tierra con estratificaciones materiales e inmateriales, sedimentadas en la memoria colectiva. Es necesario llevar a cabo hoy un atrevido trabajo de arqueología germinal, redescubriendo los tesoros del pasado remoto y reciente para inyectarlos en aquellos futuros antiguos que los exponentes más avanzados de la ecología humana miran hoy en día.

Aquí el *huésped inquietante* pertenece a un tiempo listo por fin para resurgir de las cenizas nihilistas ya denunciadas por Nietzsche desde mediados del siglo XIX, para diseñar un pensamiento ilustrado cuya iluminación ya no se proyecta sólo por la razón, madre y madrastra del *huésped inquietante*, idolatrada por la cultura europea del siglo XVIII, sino por la conciencia de lo ilimitado oculto en cada aspecto de la creatividad humana.

Esta creatividad debe situarse en la base de ese pensamiento ilustrado a través del cual es fundamental ahora ir “más allá del límite” que pocos han observado por miedo a perder esas certezas que se han manifestado en toda su fragilidad porque se basan en valores que no son supremos en la vida [9]. De ahí la necesidad consciente de regenerar los valores fundacionales de nuestro patrimonio cultural dando nueva vida a sus raíces y por lo tanto a la Cultura y la Ética.

## Cultura y Ética

Ambos son términos muy desafiantes y complejos, pero en este contexto es apropiado compartir reflexiones y pensamientos relacionados con el significado de estas dos palabras.

El término Cultura proviene del latín *colĕre* “cultivar” y su participio pasado es *cultus*. El término indica el conjunto de conocimientos intelectuales que una persona ha adquirido mediante el estudio, la observación atenta de la realidad en la

que opera y las diversas experiencias que la vida le ha ofrecido y de las que no ha escapado, sino que, a partir de éstas, ha captado el sentido y los instrumentos necesarios para convertir las simples nociones en elementos constitutivos de su personalidad. La cultura alimenta la personalidad moral, espiritual y relacional del individuo y lo hace consciente frente al mundo, disponible para sus vecinos, interesado en lo desconocido y poco interesado en las certezas absolutas [10].

La cultura constituye el conjunto de los conocimientos e incluye todas las disciplinas, por lo tanto, la multidisciplinariedad. Un texto de historia que cuenta la historia de una civilización antigua incluye necesariamente en sí mismo referencias a la literatura, la filosofía, el arte, la antropología y, por lo tanto, a un conjunto articulado de conocimientos en el que cada factor cognitivo no es una pieza en sí mismo sino que forma parte de un “Todo” muy complejo en el que entran en juego las habilidades.

Pero la cultura es también una representación de las instituciones sociales, políticas y económicas, las actividades artísticas, las empresas culturales y las manifestaciones espirituales y religiosas que caracterizan la vida de una sociedad determinada en un momento histórico dado y en un contexto geográfico y, por consiguiente, cultural determinado.

Seguramente el término cultura tiene un significado mucho más amplio si lo analizamos desde un punto de vista exquisitamente semántico y por lo tanto desde la ciencia de los significados y aspectos simbólicos relacionados con la cultura. El término, de hecho, adquiere un valor cada vez mayor en relación con las cuestiones sociales y, por lo tanto, con la sociología.



Kyoto, Ginkaku-ji Temple (ph. Niglio, 2019)

Una buena cultura, de hecho, ayuda a leer, prácticamente, los sistemas de vida, costumbres, comportamiento y en particular ayuda a determinar aquellos valores fundantes propios de una sensibilidad y una conciencia colectiva consciente que, hoy más que nunca, todos debemos tener e implementar en el análisis de los problemas de la humanidad. Problemas que ya no se pueden ignorar y descuidar, y entre ellos está ciertamente la reconstrucción de un sistema cultural y educativo que ponga en el centro el “patrimonio humano” [11] a través de la innovación y la creatividad.

Pero la cultura sigue siendo, evidentemente, todo lo que se refiere a la conservación de nuestro patrimonio, la protección del medio ambiente, la resolución de los problemas relacionados con el respeto del territorio, el “buen gobierno” y, por tanto, la capacidad de responder a los problemas reales de la sociedad y a las necesidades de las diferentes estructuras multiculturales. La cultura, por lo tanto, significa saber cómo cuestionarnos, cómo comportarnos, cómo actuar por el bien común.

Así que la cultura es ética. ¿Pero qué queremos decir cuando hablamos de Ética?

Aristóteles afirmó que

«[...] la ética es la rama de la filosofía que estudia la conducta de los seres humanos y los criterios según los cuales se evalúan los comportamientos y las elecciones» [12].

La ética del griego ἠθός (éthos) indica una parte de la filosofía que se ocupa de analizar el comportamiento humano y debe distinguirse tanto de la política como de la ley, ya que esta rama de la filosofía se ocupa más específicamente de la esfera de las acciones buenas o malas del comportamiento humano. Mientras tanto, la filosofía siempre se ha preocupado de la ética y por lo tanto del comportamiento moral del hombre.

Seguramente los fundamentos deben buscarse en las lecciones de Sócrates, de las que nos habla Platón, en las que la búsqueda del “bien” representa un primer intento importante para definir las virtudes del hombre. Aristóteles, por su parte, basa el concepto de bien no tanto en una idea de perfección sino en la propia naturaleza del hombre y se centra en la definición de la felicidad que sólo puede ser perseguida a través de un comportamiento respetuoso con la naturaleza humana. Sólo la cultura y, por consiguiente, la prevalencia de las facultades racionales pueden hacer al hombre feliz y libre para actuar en pro del bien común.

A la ética le sigue la moral, del latín *moràlia*, que indica la conducta que el hombre debe seguir en sus acciones. La moral, de hecho, estudia el comportamiento humano y sus valores con respeto a la comunidad y, por lo tanto, se entiende como parte de la ética. Pero cómo todo esto encuentra aplicación en las acciones que el “patrimonio humano” y por tanto las comunidades deben llevar a cabo al pensar en los cambios adoptados en los territorios en función del bienestar de las sociedades, sin que prevalezcan otros factores que vayan más allá del interés por el bien común.

Tal vez podamos encontrar una clave de esta interpretación en las palabras del Papa Francisco que, con ocasión de la Quinta Conferencia Nacional de la Iglesia Italiana, celebrada en Florencia el 10 de noviembre de 2015, hizo un llamamiento a la humildad y

afirmó que la obsesión por preservar la propia gloria, la propia magnificencia a expensas de “la dignidad de los demás”, no debe ser la base de nuestros sentimientos y acciones.

### **Hacia un proceso significativo de Patrimonio Cultural**

Remontándonos a los escritos de Elémire Zolla (1926-2002) no es difícil entender que lo que estamos refiriendo a la herencia cultural estamos analizando algo de lo que la humanidad es parte integral y activa. De hecho, el patrimonio cultural representa el conjunto de tradiciones y por lo tanto ese



Japan, Kyoto, Gion Matsuri: antiguo ritual (ph. Niglio, 2013)

«[...] insieme di conoscenze, di simboli presenti in ogni popolo e in ogni tempo, nel sogno e nella veglia dell'uomo: solo grazie alle tradizioni si possono vincere i limiti dello spazio e del tempo e si può giudicare la storia, la quale altro non è che Tradizione» [13].

Este es el único punto de apoyo para aquellos que realmente quieren trabajar por el progreso y no en beneficio de la contaminación intelectual y la totalidad del pensamiento homólogo. En el siglo XX, especialmente en el mundo occidental, el haber olvidado la espiritualidad, el haber fomentado el abandono de las prácticas contemplativas en favor del “progreso” destinado únicamente a dar valor a los bienes materiales y la explotación de la Tierra ha llevado únicamente a la compasión por todos los seres vivos de la Tierra[14].

Por el contrario, las culturas orientales, basadas en paradigmas meditativos, han valorado fuertemente el concepto de las tradiciones y han ayudado a construir un humanismo cultural para asegurar un valor igual a la ciencia y la espiritualidad que, juntas, deben trabajar para elevar la condición humana y la calidad de vida.

El término “patrimonio” tiene también una raíz latina y deriva de *pater* que significa padre y *emunus* que significa deber, obligación. Por eso el contenido de la palabra patrimonio, en el sentido occidental de la raíz latina, representa todas las cosas que forman parte de una herencia y que en la lengua anglosajona se refleja en el término *heritage*.

Por lo tanto, el concepto de patrimonio en el sentido más común indica un conjunto de objetos, conocimientos y memorias que tienen una importancia preferente para el individuo o una comunidad. Así que una fotografía, algunas joyas de la familia, historias de los abuelos, todas estas cosas deben ser consideradas pequeños tesoros, bienes indispensables para un individuo. No es casualidad que la propia definición de “patrimonio” haya nacido y se haya desarrollado en relación con una necesidad inherente al ser humano: transmitir a las generaciones futuras la cultura que hemos

heredado. Esta necesidad comienza a manifestarse en la vida privada cuando los padres transmiten a sus descendientes las propiedades, estilos de vida, costumbres, convenciones sociales, historia, tradiciones.

En todo esto, encontramos lo tangible y lo intangible que representan la totalidad de un patrimonio que no puede ser dividido y en el que todos reconocen sus valores culturales. También ayuda a definir una ética de la cultura del patrimonio que está estrechamente vinculada a la necesidad de preservar la memoria de cada individuo, cada comunidad y cada país. Esta ética de la transmisión de la memoria representa la identidad cultural y, por lo tanto, el signo de pertenencia. Esto nos ayuda a dar un nuevo impulso al patrimonio cultural que no puede limitarse a los límites de una nación o a los reglamentos, sino que debe ser un testimonio directo del colectivo internacional y de la multiplicidad creativa de la mente extendida que necesitamos hoy en día para redefinir este patrimonio respetando las necesidades contemporáneas.

De hecho, el patrimonio representa el estilo de vida de una comunidad, es la enseñanza de modelos culturales de generación en generación, pero al mismo tiempo es también la modificación de lo heredado y la proyección de los deseos de la comunidad social hacia el futuro [15].

El patrimonio es, por lo tanto, un concepto muy amplio que incluye necesariamente las relaciones personales y espirituales, económicas y políticas en una sociedad y se extiende a todas las esferas de la actividad humana y, por lo tanto, incluye: la historia, la cultura, las tradiciones, la memoria, la identidad, y todas ellas están interconectadas y, al mismo tiempo, son indispensables para el desarrollo de la conciencia individual y social del tema del patrimonio en sí mismo.

### **Conclusiones: hacia una nueva instancia cultural**

Es fundamental conocer y analizar las identidades culturales individuales y, por tanto, el patrimonio heredado, no identificándolo en relación con los principios del utilitarismo y el consumismo, por tanto según leyes que podríamos definir como globalizadoras, sino favoreciendo la capacidad de cada individuo de reconocer y valorar su identidad específica, que es también una expresión de libertad e igualdad social.

Este reconocimiento del valor del patrimonio heredado y de la participación colectiva establece un estrecho vínculo entre la sociedad y el patrimonio cultural, por lo tanto con la memoria y la identidad del lugar. Este reparto colectivo del patrimonio cultural también se ve favorecido por las numerosas y diversificadas acciones que invierten los aspectos sensoriales y emocionales de cada individuo que se beneficia del patrimonio



Rudreshwara, Ramappa Temple, India (ph. Niglio)

heredado [16].

Por lo tanto, es comprensible cómo el análisis del valor, no sólo estrictamente económico, de un bien recibido como regalo, que es precisamente el patrimonio cultural en toda su complejidad, está vinculado al contexto social y cultural al que se refiere el propio bien y, por lo tanto, a su identidad histórica y social<sup>[17]</sup>. De ahí la oportunidad de activar una vía de redefinición de la instancia cultural del patrimonio heredado, basada en un enfoque humanista y entendida como un acto ético que mueve y justifica las actividades humanas respecto de las diferentes comunidades [18].

Todo ello con el fin de que el objetivo que se persigue sea realmente aprender a distanciarse del universalismo superficial sin caer en el “culturalismo” que, al ser sólo lo contrario del universalismo, no provocará ningún cambio favorable desde el punto de vista de los contenidos éticos si no se apoya adecuadamente en los procesos educativos que son fundamentales y están en la base de esta vía de redefinición del patrimonio cultural[19].

Esto también es importante en el pensamiento de Max Weber tomado de las páginas del libro “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” (1904) [20] en el que el filósofo y economista alemán afirmaba que sólo el aprecio por el trabajo profesional continuo, sistemático y bien estructurado, junto con el auténtico renacimiento de la fe de la persona, puede constituir una palanca poderosa para una concepción de la vida como “vocación” (*Beruf*) al servicio de la comunidad enfrentándose conscientemente a los deberes de este mundo y por tanto en el respeto y la transmisión del patrimonio cultural heredado [21].

*Dialoghi Mediterranei*, n. 44, Luglio 2020

#### [\*] **Abstract**

Il concetto di patrimonio culturale nel corso del XX secolo si è cristallizzato all'interno processi di standardizzazione internazionale che non sempre hanno consentito opportune revisioni e aggiornamenti concettuali e procedurali. Diversamente gli ultimi eventi del 2020 hanno dimostrato quanto sia fondamentale attivare processi di rigenerazione del concetto di patrimonio culturale in relazione soprattutto agli equilibri ecologici con cui l'umanità deve sempre dialogare. Questo contributo mira ad attivare e incentivare un processo di rigenerazione del patrimonio culturale basato sull'etica e sulla creatività della comunità.

#### **Note**

[1] Nietzsche F. W., *Also sprach Zarathustra. Ein Buch für Alle und Keinen* (1885), traducción en español, edición de José Rafael Hernández Arias, Así habló Zaratustra, Madrid: Valdemar; 2005.

[2] Galimberti U., *L'ospite inquietante. Il nichilismo e i giovani*, Milano: Feltrinelli; 2007:18-19.

[3] Galimberti U., *Psiche e Techne. L'uomo nell'età della tecnica*, Milano: Feltrinelli, 2000.

[4] Benjamin W., *Das Kunstwerk im Zeitalter seiner technischen Reproduzierbarkeit* (1936), traducción en español, *La obra de arte en la era de su reproducibilidad técnica*,

in *Discursos Interrumpidos I*, Buenos Aires: Taurus; 1989.

[5] Capra F., *The web of life. A New Scientific Understanding of Living Systems*, New York: Anchor Books, 1996.

[6] Marassi M. (ed.), *Critica del giudizio*, Milano: Bompiani; 2004.

[7] Marchianò G., *Rocce parlanti e dipinti murali nel "Piccolo Tibet": il contributo dell'ecologia umana alla conservazione di un heritage culturale e ambientale tra i più preziosi del continente asiatico*, Lecture in International conference report Cultural Heritage: Environment, Ecology and Inter-Asian Interactions, 6-8 January 2014, Nalanda University, Bigar, India [manuscript].

[8] Gasman D., *Haeckel's Monism and the Birth of Fascist Ideology*, New York: Peter Lang; 1998.

[9] Estas reflexiones son el resultado de una comparación dialéctica entre el autor de esta contribución y Grazia Marchianò, orientalista, jefe del *Fondo Scritti Elémire Zolla*.

[10] Niglio O. *The Creativity and the Culture in the critical idealism of the philosopher Ernst Cassirer*, in DIAFANESU (Diaphanes Art and Philosophy), Kyoto University, vol. 7, 2019: 67-86.

[11] Niglio O., *Il Patrimonio Umano prima ancora del Patrimonio dell'Umanità*, in "Cities of Memory", Vol.1, n.1, 2016: 47-51.

[12] Fermani A., *Aristotele, Le tre etiche*, Milano: Bompiani; 2008.

[13] Zolla E. *Che cos'è tradizione*, Milano: Adelphi; 1998: 43. Traducción del texto por el autor de esta contribución [...] conjunto de conocimientos, de símbolos presentes en cada pueblo y en cada tiempo, en el sueño y en la estela del hombre: sólo gracias a las tradiciones se pueden superar los límites del espacio y del tiempo y se puede juzgar la historia, que no es otra cosa que la Tradición.

[14] Niglio O., *Cultural Petition in the preservation project*, in Giometti S., Lipp W. Szmygin B., Štulc J. (eds.), *Conservation Turn – Return to Conservation. Tolerance for Change, Limits of Change*, Firenze: Polistampa; 2012: 271-275.

[15] Niglio O., *El valor del patrimonio cultural entre extremo Oriente y extremo Occidente*, Roma: Aracne Editrice; 2015a.

[16] Facchini F., *Origini dell'uomo ed evoluzione culturale*, Milano: Jaca Book; 2002: 145-146.

[17] Niglio O., *Sul concetto di Valore per il patrimonio culturale*, in Niglio O. "Paisaje cultural urbano e identidad territorial", *Atti del 2º Coloquio Red Internacional de pensamiento crítico sobre globalización y patrimonio construido (RIGPAC)*, Firenze 12-14 Luglio 2012. Vol. I, Roma: Aracne; 2012: 23-38.

[18] Niglio O. *Inheritance and identity of Cultural Heritage*, in "Advances in Historical Studies, Scientific Research", Vol.2, n.1, 2014: 1-4; Niglio O. *Historic Towns between East and West*, Roma: Aracne Editrice, 2015b.

[19] Jullien F., *Quella strana idea di bello*, Bologna: Il Mulino; 2012.

[20] Weber M., *L'etica protestante e lo spirito del capitalismo*, Milano: Rizzoli; 1991.

[21] Zanutto P., *Cattolicesimo, protestantesimo e capitalismo. Dottrina cristiana ed etica del lavoro*, Soveria Mannelli: Rubbettino Editore; 2005.

**Olimpia Niglio**, architetto, PhD e Post PhD in Conservazione dei Beni Architettonici, è docente di Storia dell'Architettura comparata. È professore presso la Hokkaido University, Faculty of Humanities and Human Sciences e *Follower researcher* presso la Kyoto University, Graduate School of Human and Environmental Studies in Giappone. È stata *full professor* presso l'Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano (Colombia) e *Visiting Professor* in numerose università sia americane che asiatiche. Dal 2016 al 2019 è stata docente incaricato svolge i corsi di Architettura sacra e valorizzazione presso la Pontificia Facoltà Teologica Marianum ISSR, con sede in Vicenza, Italia. È membro ICOMOS – International Council on Monuments and Sites - e ACLA – Asian Cultural Landscape Association. <https://orcid.org/0000-0002-5451-0239>

---